

La Casa del Vínculo

Con motivo del recuerdo dedicado a la calle Pascuala, ha salido a relucir por chiripa este nombre olvidado de todos, incluso de D. Enrique Manzanque, que todo lo apuntaba y recordando las más significadas del pueblo no hizo mención de ella.

Lo era la conocida como de Cartagena, en la calle Pascuala, muy grande, inmensa y tenebrosa, con una gran portada para entrar, ornada de antiguos herrajes, escudo nobiliario, probablemente oculto hoy en la misma pared, rodeado, como todo el hueco, de un gran marco de piedra, cuadrado, con medias cañas muy gruesas, terminadas en firmes pilastras a la altura del zócalo.

Aunque todavía se conservan en España algunos "Vínculos", la desatención en que hemos tenido nuestro patrimonio espiritual, no permite ahora puntualizar en qué pudiera consistir el nuestro, pero estas entidades, como los Pósitos y las Tercias, tuvieron una finalidad económica y en el motivo que nos ocupa más bien de regularización, como ahora se dice. El hecho de estar esta casa en las afueras, más allá de la Mina, nada menos, induce a pensar que pudiera tener alguna función relacionada con los cereales.

Por otra parte la casa siempre fue misteriosa y aparte de los duendes y aparecidos, que nadie ignora ni puso en duda jamás, aquello tuvo siempre ese tufillo de convento abandonado o antesala de cementerio cerrado, ornacinas vacías, rincones rehundidos, cuevas incomunicadas, poyetes a medio caer y muchos ruidos medrosos de aires colados por las rajadas de las paredes vencidas y puertas desencajadas. Todo en un ambiente de húmeda lóbreguez y en este silencio solo alterado por el rumor de las oquedades de ultratumba.

Sin embargo, a tanta distancia, ya descuartizada y rejuvenecida la casa ¡qué grato resulta evocar un nombre tan eufónico y filial y cuánto nos enorgullecería poder mostrar aquella portada con su escudo! ¿Qué mejor ornamento hubieran podido apetecer las viviendas modernas y qué mayor satisfacción para todos que poder recrearnos en la contemplación de nuestro pasado?

La condición humana hace que el joven reaccione contra el viejo, pero cuando ya lo vence como es de ley por el tiempo, se queda como desarmado y al ocupar su puesto siente el peso de todas sus amarguras y entonces lo aprecia y hasta lo venera. Y así ocurre con todo lo pasado indefenso. Y nos pesa haberlo menospreciado. ¿Por qué no guardaríamos todas aquellas cosas que ahora serían un gran tesoro de reliquias veneradas, ilusión nuestra y orgullo de las generaciones venideras?